

Mensaje en la Botella

Juan José Cabedo Torres

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

La mujer vuelca el bolso sobre la cama. Nada. Sólo un extracto bancario y una barra de labios. Calcula el espacio, intenta escribir el número pero sólo consigue emborronar el papel. Las manos tiemblan demasiado, el papel es muy pequeño y el lápiz, en realidad no hay lápiz, sólo una gruesa barra de labios. Si tuviera tiempo, lloraría.

Piensa, piensa.

Mientras recorre el cuarto buscando un papel más grande mira de hito en hito la puerta y aguza el oído. Nada. ¿Se habrá ido? A lo mejor está durmiendo en el sofá. Hace un rato se oía el runrún de la tele. Ahora nada. Silencio. De cuando en cuando un camión embraga en la autovía y se apresta a subir la pendiente. Hace tiempo que desapareció el zumbido del camión de la basura. La mujer piensa vagamente en los insectos mientras trata de imaginar qué hace el hombre al otro lado del tabique. Pasa el tiempo, que se ha remansado en un lago negro, y todo lo que consigue ver al concentrarse en los párpados es un entrecejo fruncido y unos ojos viscosos donde baila una pupila de goma negra. La mujer piensa que si los ojos hablaran dirían

Eres una puta inútil, una desgraciada, pero ya te enseñaré yo a ti.

La mujer se pregunta dónde habrán ido los sueños. Seguramente yacen almacenados en algún rincón polvoriento del cerebro.

El príncipe azul.

A la salida del colegio esperaban los chicos. El príncipe azul. El sueño forjado en los primeros guateques, entre patatas fritas y canciones dulzonas. La mujer intenta combatir el miedo.

Nada de esto está pasando, él acaba de llegar del trabajo, fatigado pero sonriente, y yo le tengo preparada la cena, pastel de pescado con salsa rosa y macedonia, cocina creativa para el hombre de la casa.

El dolor en la articulación del hombro quiebra la fantasía con crueldad de cirujano.

Despierta, tía, que esto no es Disneylandia.

La mujer sigue buscando un trozo de papel. La ansiedad no deja de crecer, pero es una ansiedad benevolente que camina de puntillas, apenas un rumor en los dedos. La mujer no se da cuenta, pero ha dejado de respirar. Piensa silenciar así el crujido de la madera. Un impulso desconocido le permite extraer fuerzas del miedo.

Este hijo puta se va a enterar, le voy a echar encima a los GEO.

La mujer desclava con cuidado el papel que forra el fondo del cajón y escribe *AUXILIO*. Debajo, un número de teléfono.

El nueve parece un cuatro, piensa, pero no hay tiempo. Tampoco hay más papel. Inmediatamente piensa que debería haber escrito su nombre y su dirección, pero no hay espacio y la barra de labios se ha desmochado definitivamente.

Que sea lo que Dios quiera.

La mujer enrolla el papel y lo mete en la botella de plástico. Le lleva más de un cuarto de hora abrir en la ventana un resquicio por donde sacar el brazo. Aspira dos o tres veces el aire de la noche y abre la mano. En todo este tiempo no pierde de vista ni un instante la puerta. Fuera se escucha el golpe blando de

la botella contra el seto. Con un poco de suerte la verá alguien que ha sacado a pasera al perro, quizás el chico del dálmata o la mujer mayor que tiene un fox-terrier negro. Luego se sienta en un rincón, coloca la cabeza entre las piernas y llora, llora sin consuelo mientras balbucea las oraciones que aprendió de rodillas en la capilla del colegio.

Juan José Cabedo Torres